

Brasil rock

Jorge Zaldívar Marroquín



Image not found.

Capítulo 1

Relajante, liberador, experimental, independiente, heavy, revolucionario, rápido, lento, clásico, juvenil, sofisticado, callejero; todo eso, menos bulla, es el rock, mi querido rock. Un género que, como el vino, se vuelve mejor con el pasar del tiempo.

Era un día cualquiera, miércoles, un día en el que tenía el tiempo libre, el tiempo para poder hacer lo que me gusta y relajarme. Ese día quería escribir, escribir sobre algo nuevo, eso quería decir que contar la historia de cómo me rompí la nariz, me perdí en las lomas de Lúcumo o salí campeón de futsal hace varios años, estaban descartadas. "Escribe sobre lo que te gusta", me dijeron.

Escuchando la atractiva voz de Jennifer Clavin, vocalista de Bleached, pensé de lo bueno, histórico, curioso que es el rock, y luego recordé que Lima no es ajena a las maravillas del rock. Darme un paseo, me dije, por las viejas calles de mi ciudad donde alguna vez sonó, o aún suena, este género de música, sería genial, como un buen solo de guitarra.

Salí, tomé el bus, me fui al centro y ahí bajé; no era mi destino, pero ahí tocaba bajar, pues no era un día cualquiera, era un miércoles donde sale el Señor de los Milagros. Me detuve en la clásica avenida Tacna y observé, hasta donde alcanzaba mi vista, el mar de gente. Tocaba zarpar, adentrarse y cruzar ese desconocido mar al que siempre fui ajeno. Con dos churros como combustible y unos buenos acordes eléctricos sonando en mis oídos, logré hacerlo.

Eran las 11 y algo más de la mañana, cuando llegué a mi primer destino, la cuadra 12 de la avenida Brasil, en el distrito de Jesús María. Se hace llamar Galería Brasil, la ya tradicional Galería Brasil. Este lugar, construido a finales de 1989, refleja, a la perfección, lo que es un rockero – simple, tranquilo, trabajador por fuera; extrovertido y alegre por dentro.

Desde afuera, a simple vista, parecía un edificio más, algo viejo, claro; la pintura amarilla sucia, con pequeñas manchas de polvo, me presentaba en la entrada, varios puestos de impresión que me cobraba 0.038

céntimos por hoja – baratito nomas, chochera – *chiki chiki*, sonaban las máquinas cuando trabajaban y *trrrr trrrr*, sonaban cuando acababan.

Algunos trabajadores me llamaban, "¿Qué estás buscando, amigo?", me decían, otros solo me observaban, mientras el olor a tinta acariciaba mis fosas nasales.

Cuando cruzas esa barrera, te encuentras con algo más animado, o por lo menos eso recordaba. Me recibió una galería durmiente, estaba oscuro, las rejas metálicas rebotaban el frío y un golpe de martillo daba eco en todo el piso. En el segundo piso, descansaban los discos, el silencio absoluto y la poca luz, hacían de éste un escenario de terror. Haber llegado temprano me permitió ver como despertaba el lugar.

El silencio no duró mucho y la gente comenzó a llegar temprano. Primero lo hicieron los dueños de los negocios. Algunos llegaban en camisa, otros con ropa casual y unos pocos, 100% caracterizados: polo negro, pantalón jean negro, una pulsera de cuero – o eso aparentaba ser – y el cabello

largo. Llegaban apurados, otros con calma, con las manos vacías o cargando alguna caja – nueva mercancía. Cuando se abren las tiendas, la música empieza a sonar y las escobas comienzan a bailar mientras limpian los pasillos. Observaba el panorama y dos sujetos se sentaron a mi lado. Uno se quejaba de la producción de discos actual.

Ahora los discos lo hacen en México. – dijo.

¿Cómo sabes? – dijo el otro.

-Me he enterado que algunas disqueras hacen eso porque es más barato.

Pero cuando venden el producto dice “hecho en Estados Unidos”.

¿Cómo te das cuenta que es mexicano?

El plástico es otro, mucho peor. La otra vez, cuando estuve de viaje por allá, me compré un disco de Metallica, lo abrí y estaba todo rajado, pero rajadaso. Le dije al pata “¿oye, y eso?”. Al toque me lo cambió.

Darse un paseo ahora, que casi todo estaba abierto, fue diferente. El ambiente terrorífico que ocasionaba la oscuridad, fue reemplazado por las poderosas notas de metal que sonaban en el segundo piso, los redobles de batería que se escuchaban en la tienda de al frente y los ásperos gritos de algún cantante punk que se oía a la lejanía. En las paredes colgaban polos de bandas, Aerosmith y Guns n’ Roses, en su mayoría, debido a sus conciertos que estaban próximos a realizarse en Lima. En las vitrinas, exhibidos, habían figuras de plásticos, de un tamaño de entre 30 y 40 centímetros, de Eddie, mascota de Iron Maiden. En el segundo piso, los discos ya no dormían, algunos se encontraban recitando su poesía, otros solo eran mostrados. The Cramberries, The Smith, The Beatles, The Who, The Ramones, Green Day, Jimi Hendrix; a 30, 35 o 40 soles cada uno, un deleite para nuestros oídos y para nuestros bolsillos. Este piso, el segundo, era un encuentro generacional. No solo habían discos, también vinilos y casetes. El olor a antiguo era fácilmente reconocible, eran sacados de cajas, aparentaban ser nuevos, pero, en su mayoría, eran de segunda; fue una pena, pues no pude oír dichas piezas históricas del rock. Volví al primer piso, me acerqué a una tienda y una linda chica me atendió. Le pregunté por los polos y ella me transfirió con el encargado de la tienda, era un chico amable, por el tono de su voz; tenía el cabello largo, amarrado en una cola de caballo; un polo negro de Slipknot; una chaqueta de jean manga acero; un jean negro y unas botas oscuras – vaya, como se imagina a un rockero. Estaba apurado, pues se encontraba desempacando la nueva mercancía que le había llegado, tenía varias cajas en el suelo, las abría, y de ellas solo salían polos, polos y más polos. Casi todos - por no decir todas – eran de Guns n’ Roses. Me acerqué y le pregunté por el precio.

22 soles cada uno, pero te lo puedo dejar a 20 por ser el primero en llegar. – me dijo Carlos, vendedor de la marca de ropa *Army of Hell*.

Esos de Guns n’ Roses, ¿me los puedes mostrar? – le dije.

¿Estás buscando del tour?

A ver muéstrame los del tour – no me gustó. – No, mejor el del *Appetite for destruction*. – me lo entregó y lo compré.

Desde que había visto los precios de los discos que ahí vendían, me había sorprendido lo barato que estaban. Así que le pregunté.

¿Cómo hacen para vender discos tan baratos?

¡Ah! Es fácil. Existe una página llamada discogs que te pone en contactos con la gente que quiere vender sus discos. Normalmente, lo venden entre 3 a 11 dólares. Los compramos y luego lo vendemos al precio que vez. Siempre salimos ganando.

En efecto, la página, existía y sí, te ponía en contacto con gente que vendía sus discos a precios baratos. Para poder hablar con ellos, tenías que crearte una cuenta. Los discos que se pueden encontrar ahí son muchos, pero pocos en variedad. En su mayoría, son de metal, de bandas que a lo mejor un fiel seguidor de ese género, puede conocer. Lo que son bandas comerciales, muy pocas, y las que hay, pierden ese atractivo 3 dólares.

Luego de haber estado una hora en Galerías Brasil. Decidí irme a donde habitan las bellezas, allá por el centro de Miraflores, un distrito que cachetea la realidad peruana. Cerca del cruce de las avenidas Benavides y Larco se encuentra un palacio. Tomé otro bus y me fui a su encuentro.

Me encontré con una tienda grande, inmensa quedaría mejor, tan grande que se podría jugar un partido de fútbol profesional ahí. Las letras azules que dan a la calle son tan grandes y llamativas que hasta el más despistado se daría cuenta de ellas. Sus rejas de negro oxidado dan la impresión de que es un lugar abandonado, pero cuando te acercas, te das cuenta de que no es así, sino, que, al contrario, es algo mejor: el edén. Cientos, miles, millones de guitarras, bajos, baterías y todo lo necesario para formar una banda de rock. Algunas colgadas en la pared, otras apartadas en una esquina, donde nadie pasa ni la mirada, pero todas, absolutamente todas, con ganas de que alguien las toque y las hagan hablar. Cada una nos puede contar millones de historias que pueden ser interpretadas de miles de maneras. El suelo que soporta a estas diosas es gris, de lana tal vez, áspero, maltratado, sucio por los cientos de zapatos que pasan por ahí. Las paredes que sostienen a algunas son de madera, o, por lo menos, eso aparentan ser; siempre hablan con ellas, las consuelan, le dicen que pronto llegará el indicado.

La gente que está ahí, en su mayoría hombres, son amantes de la música. Algunos no saben cómo tratar a estás hermosuras, solo les gusta mirar. Otros sí que saben cómo hacerlo; disfrutan estar con ellas y ellas disfrutan con ellos.

La atmósfera que se siente es muy diferente, distinta al de una tienda de ropa, de juguetes; todo ahí es más tranquilo. En otras palabras, esto es un paraíso, y ese paraíso se llamaba Music Market.

De regreso a casa, a las 3 de la tarde, casi las 4, me saqué los zapatos – estaba cansado – y me eché en mi cama. Me sentía inspirado; haber estado tanto tiempo en contacto con ese género musical con el que crecí, me dio ganas de coger mi vieja guitarra y tocar una canción. Comencé lento, mis dedos se deslizaban con facilidad sobre las oxidadas cuerdas, levanté mi rostro y canté: *so, so you think you can tell...*